

El racionalismo ético de Madame Lambert señala la disyunción que existe entre saber y el doble código moral sexual que poseen las mujeres, convencionalismo que las limita en su aprehensión de mundo, relegándolas a funcionar sólo en el plano amoroso.

D'Alembert expresa su reticencia a las teorías rousseanas relacionadas con la educación del género humano, en donde la mujer debe ser instruida para cumplir el rol de madre y esposa. D'Alembert postula una educación igualitaria mediante la difusión del saber sin restricciones de sexos.

Polemiza con el supuesto feminismo del marqués de Sade, ya que en su discurso afirma que las mujeres están destinadas a ser objeto de placer sexual, aunque Sade reconoce que la transgresión a la norma no debe ser privativa de los varones.

Podemos decir que *La Ilustración olvidada* permite rescatar una de las raíces del pensamiento ilustrado. Nos permite, también, reflexionar sobre las causas del fracaso de este movimiento social y político: ambos aspectos son uno de los pilares teóricos para reafirmar el derecho a la igualdad entre mujeres y hombres, punto esencial de La Carta de los Derechos Humanos, que todavía no se cumple cabalmente.

<https://doi.org/10.29393/At470-17LLMA10017>

## *LA LUNA, EL VIENTO, EL AÑO, EL DÍA* DE ANA PIZARRO: TODO SON INTERROGANTES.

México, Fondo de Cultura Económica, 1994

MARIA NIEVES ALONSO  
Universidad de Concepción

“¿Quieres saber cómo me siento: te lo voy a decir: sola, muy sola”.

“No soy sólo una mujer intelectual, responde Ana Pizarro a Faride Zerán (*La Epoca*, 24 de abril, 1994), están mis hijos, mi Matías, mi Javiera... ellos vivieron conmigo todos los momentos de mi formación... fueron creciendo con el hombre de cola, el orejón. Discutieron con Las Casas contra Sepúlveda... Más tarde estuvieron con Martí y luego fueron Vanguardistas. Hasta que ya crecidos, llegaron al convencimiento de que hay que hacer muchos para que este continente de soledades, al que pertenecen, tenga una segunda oportunidad sobre la tierra”.

*La luna, el viento, el año, el día* amplifica literariamente la profundidad y coherencia de una afirmación de la cual quiero destacar tres términos: hijos, soledades y oportunidad. Plural y singular, excéntrico al uso por utópico, el texto de Ana Pizarro, autora de otros varios de reflexión sobre la genealogía americana, resulta para mí un solitario homenaje de amor, una proposición de futuro y una afirmación del triunfo de la Vida.

Objeto delicado, tributo íntimo y observación tierna y crítica sobre lo propio de quien cortada y separada de sus espacios y proyectos necesita explorar el pasado para imaginar un mañana, la historia de esta novela añade a la otra historia una dimensión que ésta no puede tener: la de la intimidad y lo familiar y al mismo tiempo recrea el mito del héroe liberador y mártir de su pueblo (Lautaro, Miguel, Daniel), capaz de recomponer y unir lo disperso aún después o quizá por su propio sacrificio.

Singularmente anacrónica, la necesidad de esta novela está dictada por el amor que propone y presupone el discurso de la suprema y extrema soledad.

Es decir la necesidad y pertinencia de este libro se sustenta en la consideración de que aunque el discurso amoroso es hoy hablado por miles de personas (¿quién lo sabe?) nadie lo sostiene, nadie lo afirma, está completamente abandonado por los lenguajes circundantes, es ignorado o despreciado o escarnecido por ellos, separado no solamente del poder, sino también de sus mecanismos. “Cuando un discurso es de tal modo arrastrado por su propia fuerza en la deriva de lo inactual, desprovisto fuera de toda gregariedad, no le queda más que ser el lugar, por exiguo que sea, de una ‘afirmación’”. (Roland Barthes, 1987). Afirmación que es aquí la de sobrevivencia del legado utópico. “Juan Antinao ha sobrevivido” es, en suma, el tema del libro de Ana Pizarro que es también la recuperación privada de la hermana, de la otra que es ella misma: “Cuando tu mirada escudriña, inclinándote para alcanzar la ventanilla y te ves en el reflejo del vidrio estás envuelta en mis chalecos de lana suaves y tus pupilas oscuras se iluminan ahora con mi mirada. ¿No te hablan de nuevo mis ojos pardos de la esperanza? ¿No son ellos el fervor? ¿No ves el convencimiento en mi rostro claro?: Mi rostro que te reproduce el vidrio de la derecha mientras avanzas. Tu rostro moreno que me devuelve el espejo mientras voy” (p. 183).

Novela de genealogía privada y familiar, pública e histórica es igualmente novela de genealogía textual y literaria, pues parte del presupuesto de que “escribir una historia exige entonces leer también otros textos”. Novela de la memoria (que todo sea memoria, nada olvido, Memoria de los días, Memoria de la Historia” (177). *La luna, el viento, el año, el día* exhibe y postula –contra las estéticas cursi, marginal o rasca tan frecuente– una estética épico romántica que se desarrolla a través de un discurso definitivamente interrogativo (¿Qué es escribir una historia? ¿Quiénes escriben la historia? ¿Dónde se escondieron estos textos? ¿De dónde vienen los mapuches? ¿Cómo rescatar la memoria del silencio? ¿Quién habla ahora en la memoria?), pero, a la vez, adversativo y afirmativo, con el que se niega toda verdad absoluta respecto del pasado, del exilio sin retorno y se plantea una noción de descubrir y de futuro sustentadas en la diversidad, lo múltiple, lo abierto, lo mestizo.

Regida por la heterogeneidad y construida por la técnica de la amplificación (de Vivaldi a Stravinsky; de la transcripción fragmentada del poema Maya al desarrollo total de la idea del mismo), el anaforismo y la antítesis, la novela de Ana Pizarro, a la que podría criticar su excesiva reflexividad e intelectualismo y también pequeñas concesiones a lo cursi, entrega una historia que metafóricamente va desde el ascenso, la salida al exilio que es descenso a los infiernos, y el descenso, el regreso que es el ascenso a la esperanza. La inscripción de un nombre (el de ella, la hermana) en la piedra del

cementerio en lo inanimado, en el espacio de la muerte, es reemplazada en el texto por la inscripción de los nombres, suspendidos de la historia, en la página en blanco destinada a los lectores. Así se cumple el imperativo del libro, que es el de la protagonista que pide, más bien exige: “no me busques allí. Búscame más bien en las hojas que se anuncian, en los brotes que presagian los trigales. Me encontrarás en la gente que murmura y se sacude, en esa voz que ya surge como una rosa blanca estirando sus pétalos. Como si nada la detuviera entre las araucarias y el acero, entre los autobuses y las oficinas, desafiando el invierno, preñada de intemperie que va por los caminos, las avenidas, revelando un calor nuevo, viejo y nuevo, amaneciendo. Me reconocerás en la multitud: en sus gestos de planeta en zozobra y en su lengua de banderas.

Búscame allí; en el idioma que se construye para encontrar la risa”.

Ahora bien, como novela familiar chilena, *La luna, el viento, el año, el día* muestra un proceso según el cual el salón de la burguesía (fundado por *Martín Rivas*), lugar donde se pactaba y decidía todo, es fervorosamente abierto e instalado en la plaza pública para ser reducido por las fuerzas ominosas y la violencia al cementerio, frente a ello la novela postula una vuelta dialéctica hacia la esperanza y la posibilidad de recrear un salón que conjugue el fervor y el horror que cayó sobre el intento:

“Todo parece comenzar de nuevo pero todo es al mismo tiempo diferente. La luna, el viento, el año, el día, todo camina, pero pasa también.

Cuando tu mirada escudriña, inclinándote para alcanzar la ventanilla y te ves en el reflejo del vidrio estás envuelta en mis chalecos de lana suaves y tus pupilas oscuras se iluminan ahora con mi mirada. ¿No te hablan de nuevo mis ojos pardos de la esperanza? ¿No son ellos el fervor? ¿No vez el convencimiento en mi rostro claro?” (pág. 187).

No obstante ser una reconstrucción privada, una reconstitución solitaria de un mundo, claro y oscuro, el texto plantea la utopía plural de unir soledades para poder dar otra oportunidad sobre la tierra. La historia se amplifica hacia lo continental, hacia lo americano, en una conjugación de pluralidades rica, abierta y expresada en el libro por el constante y complejo diálogo intertextual. El rito sangriento no impide en esta novela la regeneración de la vida: “Cayó una gota de sangre en la espesura y se apagó una lámpara en la tierra (pero), como una rosa salvaje no se perdió la vida, hermana”: Lautaro, Daniel, Juan Antinao, Calitrán, Miguel, Agustina, Ana, han sobrevivido y porfiadamente hablan, recuerdan, porque “escribir es una manera de tocar la verdad. Es la escritura lo que consolida todo, la que puede expresarte, la que puede construir” (pág. 174).

Tan anacrónica como todo lo anterior, yo sólo quiero decir que este relato de aprendizaje, a veces balbuciente en lo narrativo, según el cual toda persona debe cuidar de algo, de un niño, de una planta, de un pasado, para conocer así sus propios límites, nos repite la tentación de Ulises ha sido vencida. El viaje ha terminado, comenzó el camino.